

RIOS DE MADERA

Por Viajero

Era demasiado tarde para estar despierto, especialmente en una casa arrendada en la selva de Brasil, a oscuras, después de un largo viaje. Afuera los grillos convocaban furiosos y empecinados a la lluvia. Marcelo se preguntaba cómo podían dormir su mujer e hija en los cuartos de arriba en medio de ese barullo apasionante, húmedo y caliente. El insomnio estaba en shorts, sentado frente al ventanal abierto que daba al río Amazonas. Habían llegado a Itautuba huyendo de la selva de cemento, a la que estaban acostumbrados, a éste mundo desconocido, verde y tropical, que los apasionaba en su inmensidad, mientras las emociones se licuaban en las manos aferradas a una fría cerveza.

- Marcelo, ¿qué haces?, lo sorprendió repentinamente su mujer.
- Nada, contestó él, como si la nada fuera un sinónimo de vacío.

La voz de ella lo trajo de vuelta de sus pensamientos. Margarita tenía esa típica intuición femenina capaz de percibir todo, más allá de la nada; se dio cuenta que la noche del viaje recién empezaba. Marcelo era un agrónomo ambientalista que soñaba con la vuelta a las formas naturales de vida de los bosques. Fue en ese momento, al contemplarla, cuando tomó conciencia de la razón de su desvelo, detuvo sus ojos asombrados en los de su mujer y señalando hacia el puerto, le dijo:

- ¿Ves esa barcaza plana, iluminada en rojo, atracada al muelle de enfrente?
- Si, dijo Margarita, un tanto displicente. ¿Qué tiene?
- Está cargando troncos de árboles nativos, dijo Marcelo. Deforestan el bosque. Ganan mucho dinero vendiendo madera exótica despejando terrenos que después venden para el cultivo de ganado y producción de carne. Su voz se había tornado húmeda, como la cerveza de su mano.
- ¿Y eso no es mejor que andar mendigando subsidios para recuperar los campos madereros?. Por lo menos viviríamos mejor que ahora y no estaríamos exponiendo nuestras vidas ante otros, sentenció Margarita.

La lluvia empezó a caer fuerte como la reclamaban los grillos. Los animales silvestres callaron sus misteriosos llamados, la nube de agua escondió la barcaza y Marcelo bebió su último sorbo antes de sumergirse en ese espacio, ahora vacío, en que había quedado su viaje a la majestuosidad amazónica.